

La Mujer Ideal según Las Revistas Femeninas que Circularon en México. 1930 - 1950

Elvia Montes de Oca Navas

El Colegio Mexiquense

Resumen: Las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XX fueron elementos claves para comprender la historia de los siguientes años; hechos como la Segunda Guerra Mundial fueron fundamentales para ese período y los subsecuentes. Durante dichas décadas en México circularon diversas revistas escritas especialmente para mujeres; revistas femeninas que, en buena medida, informaban a sus lectoras acerca de aquello que les interesaba sobre lo que constituía el ideal femenino de entonces y que debían preocuparse por seguirlo. Este ensayo analiza algunas de esas revistas.

Palabras clave: revistas femeninas, género, valores, ideal femenino, madre-esposa.

Abstract: *The decades of the thirties and forties of the twentieth century, were key elements to understand the history that followed those years. Events as the World War II were fundamental during those years and the ones to come. At the time, several magazines for women were published in Mexico. Those magazines, informed the female readers on issues about the feminine role model of the time that women tried to follow. This essay analyzes some of those magazines.*

Key words: *magazines for women, gender, values, feminine ideal, mother-wife.*

Introducción

Durante los veinte años comprendidos entre la década de los treinta y los cuarenta del siglo XX, circularon en México diversas revistas dedicadas a las mujeres, escritas unas aquí y otras en Argentina; publicaciones que de alguna manera guiaron el conocimiento que las mujeres tenían del país, de América y del mundo pero, esencialmente, el conocimiento que tenían de sí mismas, de lo que de ellas se esperaba como integrantes del sexo femenino, de la imagen que debían de conservar acorde con el ideal de la época y al que debían aspirar.

Si durante los años treinta en México y en el resto del mundo se dio una serie de hechos históricos que marcó buena parte de la historia de los pueblos, fue durante los cuarenta y con la presencia de la Segunda Guerra Mundial cuando, de manera no necesariamente pacífica, se

invadieron los límites geográficos y culturales de diversos pueblos, especialmente los europeos.

Las revistas femeninas que en esos años circulaban en México, principalmente en la capital del país y en las ciudades más grandes como lo eran las capitales de los estados, ¿qué tanto informaban a sus lectoras de lo que estaba sucediendo fuera del mundo “de las mujeres”?; ¿qué tanto informaban sobre la política y la economía, o sobre la historia de México y del resto de los pueblos?; ¿cuál era el ideal de la mujer de entonces y que se difundía a través de estas revistas?; estas y otras preguntas más que aparecen a lo largo de este trabajo, serán abordadas en él.

Para hacer este ensayo revisé diversas revistas femeninas que circulaban en el periodo citado, y describo algunos de sus contenidos; busqué las semejanzas que hay en tre ellas, además de las diferencias, más de forma que de fondo, y analicé, con base en los contenidos, el ideal de mujer que se difundía en ellas y que se trataba de infundir a las lectoras como guía del “deber ser femenino”.

Para iniciar este estudio, menciono algo de lo que en el mundo y en México sucedió en tre 1930 y 1950, para buscar esa información en las revistas femeninas de la época.

Sucesos importantes de los años treinta y cuarenta

En tre 1930 y 1940 se dieron hechos históricos tan importantes como la guerra civil española y los inicios de la Segunda Guerra Mundial. La victoria y la toma del poder de Francisco Franco, la muerte y destierro de miles de republicanos españoles y el refugio de muchos de ellos en otros países como sucedió en México durante el gobierno de Cárdenas; el ascenso de Hitler al poder en Alemania y de Mussolini en Italia; la invasión de los nazis a Austria, Bohemia, Moravia, Polonia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Londres y Rumania; la declaración de guerra de Francia e Inglaterra a Alemania; la formación de el Eje integrado por Alemania, Italia y Japón; la invasión de Etiopía, Albania y Egipto por Italia, y la de China por Japón, todos estos acontecimientos anunciaban un periodo muy peligroso para la humanidad como fue los cuarenta.

De 1940 a 1950, especialmente en la primera mitad de estos diez años, casi todos los hombres y las mujeres de este planeta se vieron afectados por un hecho histórico mundial: la guerra de 1939-1945.

En diciembre de 1941 Alemania e Italia declararon la guerra a los Estados Unidos de América, Hitler lanzó sus tropas contra Rusia, comenzó el sitio de Leningrado, los japoneses cayeron sorpresivamente sobre Pearl Harbor y el congreso estadounidense votó la guerra contra Japón. En 1943 los alemanes ocuparon gran parte de Francia, al siguiente año salió de los puertos ingleses la gigantesca armada compuesta por cuatro mil buques al mando del almirante Ramsa y desembarcó en Normandía para que Alemania se rindiera en mayo de 1945, y en agosto de ese mismo año se sucedieron los bombardeos sobre Hiroshima y Nagasaki.

En agosto de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de los Derechos Humanos que en su artículo primero estableció: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”.

Respecto a grandes personajes históricos de la época, en 1945 murieron Adolfo Hitler y Benito Mussolini, ese mismo año murió Franklin Delano Roosevelt durante su cuarto periodo como presidente de los Estados Unidos de Norteamérica; en 1947, Nerhu fue nombrado primer ministro de la India, puesto que ocupó hasta su muerte en 1964; en 1948 fue asesinado Gandhi, alma del movimiento de la independencia de la India; ese mismo año se proclamó la formación del Estado de Israel.

En el campo de las mujeres, entre 1947 y 1951 Anna Eleanor Roosevelt presidió la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas; Anna era socióloga, escritora y política norteamericana. En 1949, Ángela Acuña de Chacón, abogada, profesora y escritora costarricense, obtuvo el derecho del sufragio para las mujeres de su país.

En el ámbito de las catástrofes naturales ocurrieron fuertes terremotos que afectaron a diversos pueblos, como el que tuvo lugar en Argentina en 1944 y dejó alrededor de diez mil víctimas; en 1949 hubo otro en Ecuador con un saldo de seis mil muertos; en 1950 uno más en la India que dejó 25 000 muertos y otro en Perú que provocó grandes destrozos en la ciudad de Cuzco.

De todos estos asuntos muy poco o casi nada, se habló en las revistas femeninas que leían las mujeres en el México de 1930 a 1950.

En dichas publicaciones tampoco se mencionaron, por ejemplo, otros sucesos menos belicosos y más asociados con México, por ejemplo la llegada de Lázaro Cárdenas del Río a la presidencia de México (1934-1940), cuyo gobierno señaló en buena parte los rumbos que la nación habría de seguir; la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) que en cierta medida echó para atrás diversas de las reformas sociales establecidas durante el cardenismo; el gobierno de Miguel Alemán Valdés (1946-1952) que definiría los destinos económicos del México moderno.

En el campo de la cultura y el arte, considerado éste como terreno propio para las mujeres, en México se dieron hechos importantes como la fundación del Museo Nacional de Artes Plásticas (1947), que en 1958 cambió su nombre por Museo Nacional de Arte Moderno, localizado en el bosque de Chapultepec; en 1949 se inauguró el Museo Nacional de Artes e Industrias Populares en la ciudad de México. Grandes artistas mexicanos crearon parte de su obra durante estos años, entre ellos podemos mencionar a J. Chávez Morado quien en 1940 terminó su pintura “Procesión” en el Museo de Arte Moderno de Nueva York; al siguiente año Rufino Tamayo logró su obra “Animales” en el mismo museo neoyorkino; Juan O’ Gorman pintó su “Historia de Michoacán” en la Biblioteca de Pátzcuaro. En 1949 murió José Clemente Orozco, uno de los más altos valores de la pintura contemporánea en México.¹ Tampoco de estos acontecimientos se habla en las revistas femeninas, al menos en las que utilicé para este estudio. ¿Entonces qué decían dichas publicaciones?

Revistas femeninas de los años treinta y cuarenta

Entre 1930 y 1950, circularon en México revistas femeninas editadas en este país tales como *El hogar, la revista de las familias*, esta última dirigida por la señorita Emilia Enríquez de Rivera y que parece ser que en los años cuarenta dejó de aparecer. *La familia, revista de labores para el hogar*, publicada por Libros y Revistas S.A., su presidente fue Francisco Sayrols y costaba alrededor de cincuenta centavos. *Paquita*,

¹ Estos datos fueron obtenidos, entre otras fuentes históricas y libros de cultura general, del libro *El mundo en su mano* de Eduardo Cárdenas, publicado por Editora Moderna, Nueva York, en 1970.

la revista de la mujer y del hogar publicada por editorial Juventud y por la editorial Panamericana, su director era José García Valseca y su precio era de alrededor de cuarenta centavos. *Ne gro y blanco, labores*, editada por ATSA, su directora era Ma. Teresa Castañeda de Pérez.

Algunas de las revistas femeninas eran editadas en Argentina como *Rosalinda, revista mensual ilustrada para la mujer y el hogar*, publicada en Buenos Aires por la editorial Bell. *Maribel, la revista de la mujer argentina*, su directora era María Isabel L. Robledo. *Chabela, la revista mensual de la mujer*, publicada por la editorial Sopena Argentina. *Para ti, todo lo que interesa a la mujer*, publicada por editorial Atlántida en Buenos Aires.

Si se consideran los tamaños de las revistas, fotografías, colores y calidad de papel y edición, las publicadas en Argentina eran mejores que las de México, estas últimas fueron más modestas en todos los elementos mencionados; sin embargo, respecto a su contenido, entre ellas hay semejanzas importantes y fundamentales.

Contenidos de las revistas

Los contenidos de las revistas femeninas publicadas en México y en Argentina entre 1930 y 1950, básicamente fueron los mismos y pueden asociarse en grandes apartados como: consejos para el buen funcionamiento del hogar, así como para la salud y el bienestar de la familia, cuidado de la moda y la buena apariencia de las mujeres, acertijos y novelas.

Estos apartados incluían labores de tejido, bordado, costura; recetas de cocina, consejos prácticos para el hogar y soluciones para problemas caseros, especialmente los relacionados con la limpieza y la conservación de los enseres domésticos; recomendaciones para la conservación de la belleza de las mujeres, decorado de los hogares, modas, horóscopos, cápsulas interesantes referentes a algunos datos más o menos curiosos, correos sentimentales, consejos para saber comportarse y hablar bien en diversos grupos sociales, sugerencias para educar bien a los hijos, recetas médicas sencillas para enfermedades o accidentes leves sucedidos en el hogar, principalmente entre los niños; promoción de artículos domésticos como aparatos eléctricos, anuncios de pastas dentales, pomadas, jarabes y otros productos considerados como indispensables en el hogar.

En todas las revistas se incluían novelas más o menos largas que terminaban en el mismo número que comenzaban o en números posteriores; se trataba de novelas románticas, casi todas, y una que otra de aventura o de misterio. En tre las revistas que circularon en tre 1940 y 1950, especialmente en las revistas mexicanas, las novelas desaparecieron y ya no hubo más noticia de ellas, incluso el número de páginas se redujo y se dedicaron, exclusivamente, a labores dirigidas al embellecimiento de las mujeres y de sus casas. En las argentinas sí continuaron las novelas durante los años cuarenta.

Durante la década de los treinta, la revista *El hogar* incluyó las partituras de pequeñas piezas de piano escritas por Mozart, Chopin y otros famosos músicos de quienes también se publicaron cortas biografías. Estas pequeñas partituras desaparecieron de esta revista en la década de los cuarenta, y las revistas sólo se dedicaron, de manera más específica, a “labores femeninas” para la mujer y su hogar.

Las revistas argentinas incluían una sección abiertamente religiosa con títulos como “Las enseñanzas de Cristo”, o “Las virtudes del buen cristiano”, esto no aparecía en las mexicanas, aunque a veces ilustraban sus páginas con algún pasaje o personaje asociado con la religión, sobre todo durante importantes épocas religiosas como la navidad.

En las páginas de consejos hay algunos como: “El que Dios en su infinita sabiduría da a cada uno lo que merece, y a las mujeres que sufren se les recuerda que, a mayor sufrimiento, mayor será la recompensa”.

La mujer es para todos, y ella es la que, para llegar al maravilloso triunfo hogareño, sacrifica en todos los momentos del día sus propias predilecciones para acatar las de los suyos, ahorrando la vanidad femenina que tanto cuesta mantener, renuncia a la coquetería y al solaz, para comulgar la dura pesadumbre, la escasez, la amargura... (Paquita, abril de 1947: 9).

Las imágenes de las revistas femeninas presentaban el ideal de lo que debía ser la mujer, especialmente en su papel de madre y esposa. La madre debía ser solícita frente a las necesidades de los “otros”, ella “no necesita que le digáis que tenéis hambre, porque prevé vuestras necesidades; ella no necesita que le comuniquéis vuestros dolores, porque los adivina en vuestros ojos”, la madre es capaz de todo “aunque deba de levantarse de la tumba para protegeros con su sombra” (*Para ti*, abril de 1945: 1). Esta es la imagen de la buena madre amenazada por la mujer que quería participar más activamente en el

mundo que existía fuera de su casa y que era rechazada en las revistas, pues hacía a las mujeres perder su “esencia” como madres abnegadas y sumisas: “la madre ya no ocupa el pedestal sobre el cual siempre estuvo colocada. Los hijos no la obedecen por culpa de las madres mismas, antes eran quienes ordenaban y quienes eran obedecidas, no al revés... los hijos no quieren ver en la madre a una camarada sino a un ser mejor que ellos; no quieren mirarla de frente sino levantar la mirada hasta ella; anhelan verla convertida en la reina del mundo pequeño en el cual se desenvuelven, y sufren cuando se ven obligados a admitir que tiene tan poca inteligencia y fuerza espiritual como ellos mismos” (*Para ti*, abril de 1945: 25).²

Dorothy Dix escribió así sobre la mujer: “una mujer debe poner en su mano azúcar y no vinagre para que su esposo coma de ella (...) Todo hombre ansía que una mujer alabe sus cualidades, que le repita cuán fuerte, inteligente y maravilloso es, aunque nada en su persona justifique las alabanzas. Ningún error mayor que el de la mujer que se cree indicada para cumplir la misión de corregir los defectos de su esposo” (*Para ti*, enero de 1944: 23).

Las mujeres debían ser buenas amas de casa, no olvidarse de que ante todo eran madres y esposas, y por eso debían hacerle sentir a los maridos que eran lo principal en su existencia, y que debían tener siempre a su lado una mujer sonriente y dispuesta, que evitara las situaciones desagradables y se relacionara con personas inteligentes que le permitieran una agradable conversación con su cónyuge; pues un hombre aburrido junto a su esposa “es un hombre que ya se está alejando de ella” (*La familia*, diciembre de 1943: 21). Además, “la buena apariencia de su esposo está en sus manos”, este mensaje presenta imágenes de mujeres, por ejemplo, limpiando unos zapatos de hombre, seguramente eran de sus esposos, y ellas muestran rostros sonrientes y satisfechos mientras hacen ese trabajo para que luzcan bien sus maridos.

² Esto lo escribió la escritora Dorothy Dix, quien publicaba sus colaboraciones en la revista *Para ti* y lo hacía con grandes manifestaciones de admiración de los editores que la llamaban la gran escritora.

Si bien los discursos explícitos como los que se publicaban en las revistas femeninas de los treinta donde se hablaba de lo que debían ser las mujeres, aparecieron menos en las publicaciones de los cuarenta, éstas contenían un discurso implícito en las imágenes que, a través de fotografías, comerciales, consejos, horóscopos y dibujos, reflejaban lo que debía ser la mujer.

En las revistas de los años treinta, aunque en pocas ocasiones se hablaba de la situación del México de entonces, los vaivenes políticos que provocaban el despido de una parte de la burocracia, los avances de la urbanización en lugares antes tranquilos y seguros, la necesidad de la participación de las mujeres en diversos campos del trabajo humano que habían quedado reservados hasta esos años sólo para los varones; la inquietud que provocó entonces el creciente número de divorcios en los matrimonios, en tre cuyas causas se mencionó como la principal, el hecho de que la mujer por trabajar fuera de su casa, se alejara de ella una buena parte del día y el marido y los hijos no fueran lo suficientemente atendidos como antes se hacía, cuando la mujer permanecía todo el día en su hogar.

En *Para ti* se publicaron algunos artículos firmados por Mamá Isidora quien a lo largo de estos veinte años insistió sobre las inconveniencias que acarrearba a los hogares el hecho de que las mujeres trabajaran fuera de sus casas. A las que lo hacían, Mamá Isidora les advertía que “el mundo entero no basta para compensarnos de lo que perdemos al hacer abandono del hogar”, ése es el reino de las mujeres, la que lo abandona “sólo cosecha amarguras” (*Para ti*, febrero de 1942: 35).

En las revistas argentinas se criticó duramente a las madres que no se encargaban del cuidado de sus hijos, a las ricas que contrataban niñeras especializadas y a las de clase media que los dejaban al cuidado de las sirvientas “una buena madre ¿cómo podría negarse a cumplir tan noble y dulce obligación?” (*Maribel*, septiembre de 1944).

En este tipo de materiales se hablaba muy poco de la guerra de entonces. Este hecho fue motivo para criticar la indiferencia de las mujeres ante tales acontecimientos. “Nos da vergüenza confesar que estamos muy por debajo del momento histórico. Sólo se nos ocurre pensar [a las mujeres] que con la gracia de Dios, y si no hay más huelgas y bochinchas, terminaremos nuestra casita para febrero... marzo a más tardar. ¡Y ojalá que para entonces (para el estreno) haya bajado el

precio del jamón, que nos tiene preocupadas!” (*Rosalinda*, diciembre de 1944: 3). También se dijo, por ejemplo, que crecía de manera importante el número de obreras en fábricas de materiales de guerra y aparatos eléctricos en Europa y Estados Unidos de América, áreas de trabajo exclusivas de los varones, quienes estaban en el campo de batalla y sus puestos fueron ocupados por las mujeres; sin embargo, las francesas, por ejemplo, seguían siendo elegantes a pesar de los efectos de la guerra “la elegancia no es un recurso de lujo, sino una delicada condición del espíritu femenino” (*Maribel*, septiembre de 1944: 4).

La guerra de alguna manera había abierto nuevos campos de trabajo a las mujeres en los cuales tuvo que aprender a desarrollarse y hacer bien las cosas: “la contienda mundial que acabamos de pasar, ha puesto de relieve, de manera indudable, la igualdad de obligaciones entre ambos sexos ante el *altar de la Patria* y por tanto es necesario que en el disfrute de los derechos se imponga la equidad, evitando una discriminación injusta que venía padeciendo el elemento femenino” (*La familia*, noviembre de 1946: 8). Si bien se reconocía que debía existir equidad entre los géneros, también se advertía de los efectos desastrosos que esta igualdad podía acarrear a la sociedad entera, como lo era el libertinaje y la falta de moral entre las mujeres, así como la pérdida de la feminidad en tre las jóvenes.

Deseamos que el símbolo sagrado de nuestras Vírgenes, que saborearon el sacrificio, la humildad y supieron de fraternidad y de amor divino, les acompañe en esta época tan llena de dolores y de gloria (La familia, noviembre de 1946: 8).

La mujer moderna, la que vivió los tiempos de la posguerra, debía ser “tan candorosa como la antigua y tan pura como ella” (*La familia*, septiembre de 1947: 8), a pesar de los tiempos de horror por los que se había pasado. A los hombres de la posguerra se les criticó su “progresiva vulgarización” percibida en sus ropas, su conducta, su lenguaje. “Adoptó [el hombre de la posguerra] nuevas ideologías como las formas socialistas, ya no hay ser en atas ni paseos, ya no se viste de gala sino que luce descuidado, que no olvide que el champagne no sabe igual en copas transparentes de fino cristal que en toscos vasos de arcilla” (*Ne gro y blanco*, marzo de 1947: 26).

Se criticaron las canciones que estaban de moda entonces y que los niños cantaban “de manera impúdica sin saber lo que dicen”, como aquella canción que decía: “de qué cosa mi bien no sería capaz por tu amor” y que, según los escritores de *La familia*, era incitante al mal e

inmoral, se trataba de canciones “llenas de impudor” que debían prohibirse pues representaban un peligro para los valores humanos, valores de cuyo cultivo debían ocuparse especialmente las madres.

Las revistas femeninas se escribieron esos años para que “las mujeres tengan en sus páginas un minuto de intensa vida interior, o la suavidad de un consejo, o la colaboración desinteresada en un trabajo manual” (*La familia*, junio de 1942: 14).

En la revista *Blanco y negro* había una sección dedicada a las mujeres que vivían en el campo, a ellas se daban consejos útiles para cosechar algunos alimentos de origen vegetal, o para cuidar a ciertos animales necesarios para dar de comer a su familia. Esta sección se ilustraba con fotografías de importantes y guapas actrices norteamericanas, vestidas a la última moda “campesina”, a quienes se les veía felices cuidando sus plantas y animales.

De acuerdo con las imágenes, mensajes y anuncios que contenían las revistas femeninas de esos años, se deduce que las lectoras eran principalmente mujeres que vivían en las pocas ciudades que entonces había en México, un México todavía en gran parte rural, aunque con pasos fuertes hacia su urbanización; mujeres alfabetizadas que podían leer esas revistas, seguramente eran las menos pues el analfabetismo en México era muy alto, especialmente en el campo y entre ellas; mujeres que pertenecían a los niveles sociales medio y alto, cuyas condiciones económicas les permitían comprar estas publicaciones.³

El ideal femenino de las revistas

Si bien las revistas de los años treinta contienen más mensajes directos que las de los cuarenta sobre lo que debían ser las mujeres de la época, esas publicaciones de una u otra manera, a través del lenguaje escrito o con imágenes, coinciden en el ideal femenino que presentan.

En estas revistas se difundió la idea de “una sustancia ética fijada por un destino irremediable a un signo de mujer...” (Luna, 1996: 12).

³ En los años treinta había en México una población total de alrededor de dieciséis millones de mexicanos, un poco más de cinco millones constituían la PEA de la cual 70% estaba concentrada en el campo. El analfabetismo era cercano a 60%, y sólo 52% de los niños asistían a la escuela primaria.

Se reforzó la imagen de lo femenino frente a lo masculino como mitos culturales, mitos que se presentaron como inamovibles en el tiempo, “inmunes” a toda presión económica, política o ideológica. Los modelos femenino y masculino fueron excluyentes, de tal manera que, los varones, nombraron a toda la especie humana y la convención cultural decía “los hombres”, donde quedaron incluidas las mujeres pero excluidas del papel de los varones como sujetos sociales activos.

Las mujeres ? gracias entre muchas otras cosas a las revistas femeninas? aprendieron a clasificar modelos masculino-femenino, y formaron parte ya de su mundo representando roles estereotipados, irreconciliables y excluyentes donde la biología determinó el destino de los géneros entre sí diferentes, condiciones suficientes para “legitimar” la represión y la subordinación de un género respecto al otro. Aunque tímidamente en algunos artículos se hablara de equidad entre hombres y mujeres, no creo que hayan logrado la formación de una conciencia crítica en las mujeres, que pusiera en duda su posición como sujeto social y aceptaron, seguramente (que no todas las lectoras de estas revistas), el perpetuar a través de los años esas relaciones entre géneros a pesar de lo que eso significaba: subordinación y sumisión frente a los hombres, a cambio de seguridad y aceptación social.

Las revistas se encargaron de reforzar la memoria de las mujeres recordándoles que la elegancia, la feminidad, la dulzura y la complacencia, eran ingredientes de la esencia de las mujeres y, por lo tanto, independientes de tiempo y lugar; aunque en algunos artículos, de manera un tanto sutil, a las mujeres se les reclamaba su indiferencia frente a las cosas que pasaban alrededor de ellas, ocupadas solamente en su bienestar y el de su familia. Sin embargo, estos reclamos son muy escasos en las revistas de esos años y fueron muchos más los artículos que ayudaron a la mujer a “ser mejores como tales”.

Las lectoras fueron invitadas a imitar modelos de “mujer”, con base en un sistema axiológico aceptado por la sociedad patriarcal de entonces. Con las lecturas de estas revistas, las mujeres debían ubicarse en el mundo que les correspondía como tales, esta ubicación se iniciaba desde la infancia gracias especialmente a las propias madres; y las niñas debían conformar su pensamiento simbólico conforme a ese mundo que, si bien cambiaba constantemente, los cambios no debían afectar la “esencia femenina”. El niño y la niña debían elaborar su propio esquema simbólico conforme con el de fabulación de los

adultos; esto se precisó en las revistas a través del lenguaje escrito y en imágenes donde se marcan claramente las formas de ser, de hablar y de vestir que debían diferenciar a las niñas de los niños.

Si los modelos que rigen las relaciones sociales están asociados con la dominación, la asimetría y las escalas jerárquicas, entonces, así organizamos, tanto nuestros esquemas explicativos que aprendemos y reforzamos en el proceso de socialización de cada individuo y que dirigen nuestra relación con los otros, como nuestras propias expresiones lingüísticas, por eso a la mujer se le daban consejos de cómo hablar bien “como mujer” en los medios sociales en los que se encontrara, rechazando de manera enérgica cualquier imitación que no era propio de su género y sí del masculino. Su lenguaje debía estar asociado con sus labores domésticas de madre y esposa ejemplar y sus relaciones con los miembros de su familia, especialmente con su esposo.

Mientras el lenguaje de él se relacionaba con lo que sucedía fuera del ámbito doméstico, con los amigos, el trabajo, la política y otros temas de los cuales él se alejaba en el “remanso” que significaba el hogar protegido y resguardado por su esposa y “a los ojos del niño, el padre encarna la ley, el vigor, el ideal y el mundo exterior, mientras que la madre simboliza la casa y el trabajo doméstico” (Badinter, 1981: 267). La mujer, antes que cualquier cosa debía ser *madresposa*, como la llama Marcela Lagarde (1990), así junto, formando una sola unidad, en una sola palabra, sin distinción ni separación en tre esas funciones, como un continuo natural.

El papel de las mujeres debía estar ligado irremediablemente a sus maridos y a sus hijos, en ellas debía descansar el papel fundamental de dirigir bien sus hogares, para ellos debían estar todo el tiempo en sus casas, ser amables con sus esposos y sus hijos, pero también enérgicas, porque en ellas descansaba, principalmente, la educación moral de los niños.

La mujer, cualquiera que fuera su posición, siempre sería inferior al hombre; por lo tanto necesitaba protección y cuidado del varón, y su mérito residía en ser un vientre fértil, entendida la maternidad y el amor maternal en términos de instinto. El instinto maternal es un engaño, afirma Elizabeth Badinter (1981), para convencer a las mujeres que los trabajos más sucios les corresponden a ellas, como limpiar los zapatos de su esposo.

Las revistas las ayudaron a ser “mejor mujer” con la idea de que “aprendemos a ser mujer como aprendemos el lenguaje. En nuestro aprendizaje (y pensemos en el modelo lingüístico) solemos iniciarnos en una primera fase imitativa, repetitiva que va construyendo un sistema de analogías y marcas diferenciales clasificatorias para nuestro teatro de la memoria” (Luna, 1996: 16). La capacidad para la competencia lingüística es innata, pero la forma de su expresión? con base en la diferencia de los sexos? es cultural, aprendida y adquirida por los niños imitando el mundo de los adultos. Normas, códigos lingüísticos, conductas, todo requiere de la complementariedad para reforzar los papeles que la sociedad de los años treinta-cincuenta estableció para las mujeres y para los varones; y de esto debían encargarse especialmente las madres.

En las revistas se les enseña a las amas de casa y a las niñas a hablar como mujeres, con un lenguaje que les permitía explicar y entender el papel que la sociedad les había señalado y que tenían que mantener. Su lenguaje debía expresar amor, humildad, deferencia, cortesía, lealtad y solidaridad, dejar el lenguaje agresivo, dominante y autoritario para los hombres. Las revistas previenen constantemente de los peligros que había si se desviaban de los cánones tanto hombres como mujeres, especialmente ellas; pues significaba una amenaza para la estabilidad de las instituciones sociales.

Por eso los frecuentes llamados que en estas revistas se hacen a las mujeres, recordándoles su papel en la sociedad dirigida por los hombres. A esta manera de hablar diferente de los hombres y de las mujeres, así como de interpretar el mundo, Buxó Rey (1988) le llamó “feminolecto” que es independiente de la clase social a la que pertenece la mujer que lo habla y que es codificado con atributos de inferioridad. A través del “feminolecto” las mujeres hacen un uso distinto de la lengua del que hacen los varones, construyen valoraciones sociales diferentes de sí mismas y de ellos, asociada esa valoración con la estructura social estratificada en la que se mueven y el papel que en ella les fue adscrito.

Revisando estas publicaciones podemos imaginarnos a las lectoras para quienes se hicieron, ahí se perfilan las mujeres ideales en los que se plasman los códigos sociales. Se usan modelos y escenas que tienen un valor cultural y que envían significados genéricos a las lectoras que justifican y refuerzan su actuar y pensar como correctos; en los cuales

las mujeres se reconocen y se esfuerzan por lograrlo, especialmente para agradar a los hombres y ser aceptadas por ellos.

Las lecturas para las mujeres, casi todas novelas cortas de género romántico, reforzaban sus formas simbólicas y de representación como mujeres, historias basadas en el sentimiento y en la subjetividad, alejadas del mundo objetivo de la ciencia, propio de los varones; esta última considerada como la mejor manera de explicar las cosas, y al cual se acercaban solamente a través de algunas “cápsulas culturales”, chispazos más o menos curiosos que hacían que la mujer tuviera algo de qué platicar con su marido y no aburrirle con pláticas, después del arduo trabajo del varón, relacionadas sólo con cosas de “mujeres” como eran las del ámbito doméstico. Lecturas que muestran un *status* adscrito, no decidido, asignado a los individuos con base en la biología, y que da como consecuencia una organización social con funciones distintas para cada sexo.

Los mensajes religiosos contenidos en algunas revistas, especialmente las argentinas, reforzaron las imágenes que la iglesia cristiana tiene del hombre y de la mujer. El hombre es imagen de Dios, la mujer es tan sólo imagen del hombre, de ahí su condición de inferioridad; así también Dios es la imagen perfecta de la paternidad, como los hombres son de sus propios hijos.

El conocimiento no era necesario en las mujeres, más allá de sus deberes y sus funciones naturales de ama de casa y madre. “El saber, dicen, echa a perder a las mujeres, al distraerlas de sus más sagrados deberes” (Badinter, 1981: 88). Las que estaban preocupadas por saber lo que corresponde al mundo de los hombres, debían ser criticadas y rechazadas pues no circunscribían su vida a la maternidad y a la familia, *como debe de ser*, entre los saberes permitidos para las mujeres estaban, por supuesto, las enseñanzas religiosas.

Estas enseñanzas hablaban frecuentemente de la virgen María en contraste con la figura de Eva, criatura astuta y engañosa, imagen que se opone a la de María mujer-madre, dulce, obediente y sensata, cuyas ambiciones y deseos no desbordan los límites del hogar. Así como María mujer-madre, así debían ser todas las mujeres. Dichas enseñanzas estaban principalmente a cargo de las madres que inculcaban “los principios cristianos del deber ser de una mujer: saber bordar, cocinar, ser una buena esposa, una buena madre, fiel a la

religión cristiana, por tanto no divorciarse, no abortar, no tener conciencia de su propio cuerpo” (Núñez, 2002: 90).⁴

Las revistas femeninas de estos años están cargadas de juicios de valor, critican a las mujeres que se separaron del modelo establecido entonces, y motivan a las que lo siguieron a seguirlo haciendo, teniendo como recompensa el reconocimiento de los suyos primero, de la sociedad después y, sobre todo de Dios. Entonces: ¿cuándo tendrían su propia recompensa y reconocimiento?

Mujeres lo más hermosas posible, caras maquilladas, vestidos elegantes y otras “ventajas coquetonas y encantadoras”, cuyo papel en la tierra consiste en ser siervas de los señores y diversión de los guerreros pero, sobre todo, mamás de tiempo y amor completo. Mujeres engalanadas, perfumadas, frágiles, preciosas, delicadas, mentirosas si es necesario para así agradar a sus señores, y siempre dispuestas a dar. Mujeres que dentro de sus cualidades femeninas estaba tocar el piano, no de manera profesional ni como una profesión desarrollada, sino para deleite y descanso de “los suyos”.

Reflexiones finales

Aunque la lectura de las revistas aquí reseñadas fija un modelo de mujer propio de la sociedad patriarcal estratificada y con inamovibles visiones de los papeles de hombres y mujeres, también esa misma lectura pudo provocar “disidentes” que se atrevieron a leer dichas revistas con una producción de sentido distinto, y leer conscientemente, como argumenta Lola Luna (1996), “como una mujer”, un sujeto sexuado que incorpora a la lectura interpretativa su experiencia genérica, transformando así el sentido dado a las mujeres en las revistas, y construir otra historia que acabara con la Historia, así con mayúscula, y que “supone el reconocimiento del ‘generó’ como elemento constitutivo de las relaciones entre los sexos y como categoría heurística que desvela constantes históricas de dominación, represión y subordinación, enmarcadas a veces bajo el cómodo epígrafe de las diferencias” (Luna, 1996: 19).

⁴ Eugenio Núñez Angel cita el libro de Marie Cardinal: *Las palabras para decirlo* (1980).

Estas revistas daban también, sin proponérselo, la oportunidad de examinar los valores establecidos que enmarcaban los estereotipos de los géneros, los juicios de valor estéticos e ideológicos que los estructuraban, las razones por las cuales debían permanecer intocables, en resumen, poner en tela de juicio lo hasta entonces establecido respecto a las mujeres; aunque esto significara rebeldía, disidencia, rechazo, temor a la contaminación, no sólo proveniente de los varones, sino también de las mismas mujeres contra quienes se atrevieran a tanto. Tal vez estas lecturas pudieron ayudar a algunas lectoras a encontrar las causas de su exclusión de un mundo reservado sólo para los hombres, al que ellas sólo tenían acceso como meras cuidadoras, guardianas de su conservación y perpetuación en las nuevas generaciones de sus propios hijos.

Los textos e imágenes de las revistas femeninas de los años treinta y cuarenta dan idea de cómo eran educadas las mujeres de entonces, de cómo debían imaginarse a sí mismas, de cómo se entendía y se nombraban las cosas del mundo, pero por ello, también daban la oportunidad de buscar otras formas distintas de verlo y nombrarlo, de provocar una lectura que se resistiera a los estereotipos y mitos con los que se estructura la definición de “lo femenino” y reconocer que “en definitiva, el hombre y la mujer son diferentes, pero los valores que se asignen a estas diferencias tienen que ser iguales” (Buxó, 1988: 200).

Si bien podemos aprender a leer como mujeres, también podemos aprender a escribir como mujeres para, como afirma Eugenio Núñez, a la manera de Scherazada en *Las mil y una noches*, la mujer escriba por la necesidad que tiene de “manifestarse para continuar viviendo, sacar a la luz lo oculto, atrapar con sus historias al seducido lector” (Núñez, 2002: 85). A través de la lectura y la escritura, las mujeres se descubren a sí mismas frente al otro, aun si se acercan sólo a las revistas femeninas, al menos las analizadas durante el periodo que abarcó este ensayo.

Elvia Montes de Oca Navas. Profesora-investigadora de El Colegio Mexiquense. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Doctora en Estudios Latinoamericanos (UNAM). Publicaciones recientes: *Protagonistas de las novelas de la Revolución Mexicana* (1995), *La educación socialista en el Estado de México 1934-1940. Una historia olvidada* (1998), *Imágenes del Estado de México 1824* (1999), *Bibliografía especializada*.

Teotihuacan (1999), *Política laboral y corporativismo en el Estado de México 1934-1940* (2000). *Bibliografía del Estado de México* (disco compacto, 2002), *Sor Juana Inés de la Cruz (Bibliohemerografía)*. (2002).

emontes@cmq.edu.mx

Recepción: 25 de abril de 2003

Aprobación: 05 de mayo de 2003

Bibliografía

Badinter, Elizabeth (1981), *¿Existe el amor maternal?. Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, Barcelona: Paidós/Pomare.

Buxó Rey, M. Jesús (1988), *Antropología de la mujer. Cognición, lengua e ideología cultural*, Barcelona: Anthropos.

Lagarde, Marcela (1990), *Cautiverios de las mujeres, madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Luna, Lola (1996), *Leyendo como una mujer la imagen de la mujer*, Barcelona: Anthropos/Junta de Andalucía.

Núñez Ang, Eugenio (2002), "La sexualidad femenina en cinco escritoras del siglo XX. Colette, Violette Leduc, Monique Wittig, Marie Cardenal y Catherine Millet", en *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, núm. 35/36, julio-diciembre, Toluca, México: UAEM, 85-93 pp.

Revistas femeninas de los años treinta y cuarenta

_____ *Chabela. La revista mensual de la mujer*, Buenos Aires, Argentina: Sopena.

_____ *El hogar. La revista de las familias*. Emilia Enríquez de Rivera (directora gerente), México.

_____ *La familia. Revista de labores para el hogar*, México: Sayrols.

_____ *Maribel. La revista de la mujer argentina*, directora María Isabel L. Robledo, Buenos Aires, Argentina.

_____ *Ne gro y blanco. Labores*, directora Ma. Teresa Castañeda de Ruíz, México: ATSA.

_____ *Paquita. Semanario para grandes y chicas*, México: Juventud.

_____ *Paquita. La revista de la mujer y el hogar*, director José García Valseca, México: Panamericana.

_____ *Para ti. Todo lo que interesa a la mujer*, Buenos Aires, Argentina: Atlántida.

_____ *Rosalinda. Revista mensual ilustrada para la mujer y el hogar*, Buenos Aires, Argentina: Bell.